

REPORTAJE | ASÍ SON LAS RELACIONES LABORALES EN ASIA

Es gallego, vive en China y fabrica disfraces para Halloween

Adrián Díaz, cuyo padre emigró hace medio siglo de Sarria a Barcelona, lleva varios años instalado en China, donde es copropietario de una fábrica de ropa, lencería y disfraces. Conoce muy bien este mercado de trabajo, cuyas condiciones laborales están empezando a cambiar: la empresa Foxconn tuvo que subir los sueldos esta semana para evitar suicidios

JUANMA FUENTES

En 1957 Jesús Díaz Piñero dejó su Sarria natal para ir a Barcelona. Miembro de una familia supernumerosa (17 hermanos), decidió buscar nuevos horizontes en Cataluña. Allí se casó con una oscense de la franja, territorio fronterizo entre Aragón y Cataluña, y nacieron sus dos hijos. Uno de ellos, Adrián (31 años), siguió la estela de su padre con los cánones del siglo XXI y lleva varios años instalado en China, donde, como su padre en Cataluña, trata de buscarse la vida.

Tras unos años en Madrid, donde puso a prueba una mentalidad empresarial innata, más catalana que gallega, Adrián Díaz Marro es ahora copropietario de una pequeña fábrica de ropa interior y disfraces cuyo mercado es básicamente Occidente y más concretamente España, a donde dirige el 85% de su producción. La empresa, con el nombre tan sugerente de Littlecherry, es claramente modesta en un país donde todos los parámetros están disparados. En estos momentos cuenta con una treintena de empleados, aunque en temporadas de picos de producción han llegado a setenta.

País de futuro

Pese a su contacto diario con España (familia, amistades y su socia en otra empresa que importa mercancías de China), Adrián no se plantea en estos momentos su regreso. Los años de estancia en China le han servido para hablar un inglés fluido y lleva tiempo estudiando el mandarín, en el que ya se desenvuelve y que espera hablar con soltura lo antes posible. Con este bagaje, el de un occidental que habla chino, no se

imagina de nuevo viviendo en Europa, un continente que ve como el pasado ante la gigante China, que considera el futuro.

¿Y qué hace que un español que ha salido de su país como turista se instale en una ciudad como Wuyi? Hace cuatro años Adrián y su novia hicieron un viaje de placer a China. Descubrieron que había muchas empresas españolas interesadas en adquirir productos chinos si encontraban una vía para hacerlo. Juntos montaron una sociedad para asistir a las pymes interesadas, un negocio que mantienen aunque con la distancia la relación entre ambos es ya solo profesional y de amistad.

Adrián se instaló en Guanzhou (Cantón), la capital del territorio

más industrializado de China. No fue un inicio sencillo. Llegó sin experiencia ni saber lo que iba a hacer a una urbe de 12 millones de habitantes.

Inmersión

Esos primeros meses fueron duros, en un país donde los letrados se parecen, donde tienes que entrar en un local para saber si es una perfumería o un banco. Más si además vives en un barrio donde todas las casas son iguales, construidas unas décadas atrás para absorber el flujo migratorio. Adrián reconoce: «Mi principal problema los primeros días era salir de casa, porque tenía miedo de no saber volver. Mi primer paseo solo fue una vuelta a la

A LOS MANDOS DE LA EMPRESA. En China los horarios no tienen nada que ver con los europeos. De hecho, Adrián Díaz (derecha) lleva un tiempo viviendo en su propia empresa para disponer de más tiempo para dirigirla

Cuenta en el banco, móvil y contrato de piso, tres cosas básicas para un extranjero que quiera trabajar en China

manzana. No me atrevía a ir más lejos». Poco después empezó a levantar el vuelo. Empleó a un intérprete para abrir una cuenta bancaria, darse de alta en el móvil y contratar un piso, «las tres cosas básicas que un extranjero debe hacer en las primeras horas de su vida en China».

Después le llegó el turno de visitar fábricas y asistir a ferias (fuera cual fuera el sector), actividades que le generaron los primeros clientes. Los fabricantes chinos no hablaban inglés, ni tenían web, ni sabían como exportar. Adrián y su socia se dedican a intermediar cobrando un porcentaje simbólico. Con esta experiencia, hace un par de años decidió abrirse paso directamente como fabricante.



O tempo que a ti che sobra, a outros falles falta. Doa o teu tempo. Falte voluntario.

Cruz Vermella

904 22 22 93 www.cruzroja.es

ASÍ SON LAS RELACIONES LABORALES EN ASIA | REPORTAJE



Momento de actividad plena en la fábrica mientras Adrián Díaz revisa una partida de material con una empleada. El resto siguen atentas a lo suyo

«AQUÍ SE HACE ALGO MÁS QUE BASURA»

La idea de crear una fábrica de ropa surgió de forma casual. Uno de sus clientes, insatisfecho con la calidad de la lencería que le servían de China, le dio la idea. Adrián ya trabajaba con un socio chino y juntos se pusieron manos a la obra. Aquel primer intento fracasó: el comprador no era capaz de vender el producto y les vetaba trabajar para nadie más.

Fue el peor momento para la fábrica. Soportó una considerable pérdida económica, pero con la ayuda de algunos amigos y con su empresa de consultoría logró salir a flote. Consiguió nuevos

clientes, reabrieron la fábrica y ahora tienen trabajo para sus 30 empleados, aunque cuando la necesidad ha apretado han más que duplicado la cifra.

Una de sus principales líneas de negocio son los disfraces de Halloween, algunos de los cuales distribuyen en centros de la más famosa cadena española de grandes almacenes, pero deja claro que la calidad es un objetivo irrenunciable, «por mucho que fabriquemos en China».

Después de haber levantado cabeza, otras importantes empresas no les han hecho caso, pese a lo

«No queremos competir con fábricas chinas, sino con las europeas, a las que igualamos en calidad y ganamos en precio»

cual el 95% de su producción tiene por destino Occidente y su inmensa mayoría España. En todo caso, está muy satisfecho con ese mínimo 5% que se queda en el país asiático, «todo un éxito para un empresario extranjero, porque es un mercado totalmente hermético». «Nos hemos centrado en producir con calidad. No queremos competir con fábricas chinas, sino con las europeas, a las que igualamos en calidad pero superamos en precio. El concepto de que en China solo se fabrica basura es erróneo», mantiene Adrián Díaz.

DORMIR EN LA FÁBRICA Y TRABAJAR SIETE DÍAS A LA SEMANA

China es algo más que un país, por su extensión y sobre todo porque allí vive casi el 25% de la población mundial. Su acelerado proceso de industrialización ha provocado un éxodo del campo a la ciudad, llenando de obreros las áreas costeras más desarrolladas. Pese a unos índices de crecimiento muy superiores a los mejores de los países desarrollados, la existencia de una mano de obra ingente hace que los salarios sigan siendo excepcionalmente bajos para los esquemas del primer mundo.

Lo habitual es pagar salarios de alrededor de medio euro o menos por hora y realizar jornadas de nueve y diez horas, si no es necesario ampliarlas. Tampoco se sale de lo común trabajar siete días a la semana y acabar el año con unos muy pocos días de vacaciones. La etapa de descanso en China es el Año Nuevo, momento en el que los trabajadores vuelven a su lugar de origen y se dan el período de descanso más largo.

Como muchos son inmigrantes, regresan con su familia tras cobrar una paga especial y la mayoría tras recuperar el salario de los primeros dos o tres meses en la fábrica, una práctica destinada a evitar que se marchen de la empresa para mejorar. En caso de hacerlo, difícilmente recuperan este dinero. Eso sí, en las vacaciones del Año Nuevo es cuando aprovechan, para cambiar de empleo, pues no tienen nada pendiente.

Fábrica y hogar

La existencia de millones de personas trabajando lejos de su lugar de procedencia obligó a dictar una normativa que obliga al empresario a dar alojamiento a sus empleados foráneos. Curiosamente, es una medida bien aceptada por el patrón. Con este sistema se garantiza que tales empleados están disponibles en todo momento, no pierden tiempo en transportes o en relacionarse con la familia y se encuentran con ganas, e incluso ansiosos, por realizar todas las horas extras posibles.

Esta mezcla de idiomas en un país como China provoca muchos problemas de comunicación. Muchos de ellos no hablan chino mandarín, el oficial del país desde hace medio siglo, y sí idiomas locales. En el caso de Adrián Díaz, se produce la sorprendente circunstancia de que tiene más nivel de chino que algunos de sus empleados. «Cuando les cuento a españoles que no me entiendo con mis trabajadores, ipor culpa de su nivel de chino, no del mío, no dan crédito. El mío es todavía muy básico, pero me permite corregirlos cuando su acento es muy cerrado o dicen algo incorrecto». En cualquier caso, tiene la firme vocación de hablarlo con soltura.

WUYI

Un «pueblo» de 300.000 habitantes

Con sus 300.000 habitantes, Wuyi carece de relevancia alguna en China. Pertenece a la ciudad (provincia) de Jinhua (4 millones), en la región de Zhejiang (52 millones), cuya capital es Hangzhou, a la que Marco Polo definió como una de las ciudades más bonitas del mundo. Wuyi está a cuatro horas en coche de Shanghai, por tanto, en el noroeste, en la provincia de donde son originarios la mayoría de los chinos que viven en España. Es un reduto relativamente rural y tranquilo, sin la locura por el dinero que agita a gran parte del país.

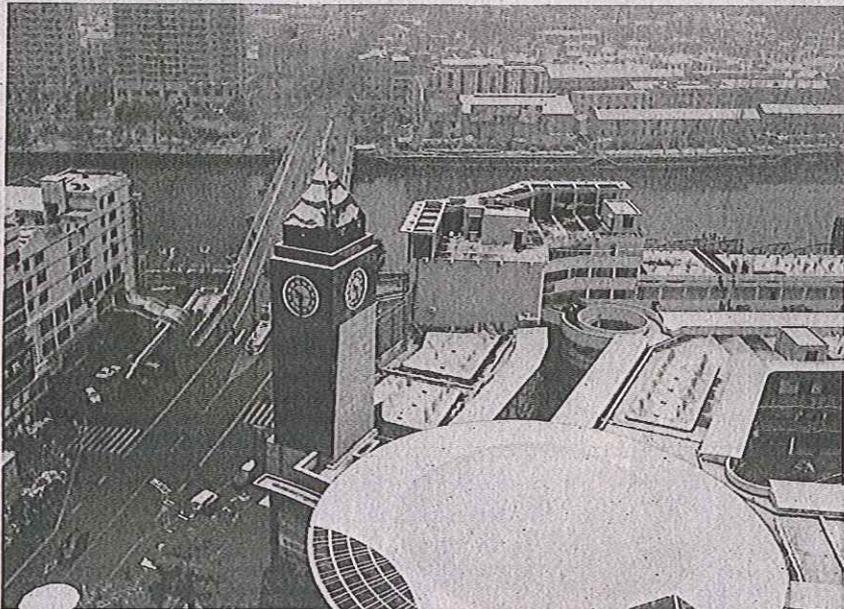


Imagen del invierno en Wuyi, un reduto de cierta tranquilidad en medio de la industrializada región china de Zhejiang